

Honoré de Balzac

El tío Goriot

Traducción de Marisa Gutiérrez



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Le père Goriot*

Primera edición: 2009

Tercera edición: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

© Ilustración de cubierta: Giuseppe Pellizza da Volpedo: *Cabeza de anciano* (detalle), óleo sobre lienzo. Pinacoteca "il Divisionismo" Fondazione Cassa di Risparmio di Tortona (Palazetto Medioevale, Tortona).

© New Picture Library / ACI

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Marisa Gutiérrez, cedida por Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.)

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2009, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-754-0

Depósito legal: M. 3.121-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

*Al gran e ilustre Geoffroi Saint-Hilaire.
Como testimonio de admiración a sus
trabajos y a su genio.*

De Balzac

La señora Vauquer, de soltera De Conflans, es una vieja que desde hace cuarenta años tiene en París una pensión burguesa instalada en la calle Neuve-Sainte-Geneviève, entre el barrio Latino y el *faubourg* de Saint-Marceau. Esta pensión, conocida con el nombre de Casa Vauquer, admite tanto hombres como mujeres, jóvenes y viejos, sin que jamás la maledicencia haya atacado las costumbres de este respetable establecimiento. Pero también es cierto que desde hace treinta años no se había visto por allí a ninguna persona joven, y para que un chico joven se quede en esta casa, muy exigua debe de ser la pensión que le pase su familia. Sin embargo, en 1819, época en que da comienzo este drama, vivía en ella una joven pobre. Por muy desacreditada que esté la palabra drama por la forma abusiva y equívoca con que ha sido utilizada en estos tiempos de dolorosa literatura, hay que emplearla aquí, no porque esta historia sea dramática en el más puro sentido de la palabra,

sino porque al acabar la obra quizás se hayan vertido algunas lágrimas *intra y extramuros*. ¿Será comprendida fuera de París? Cabe la duda. Los detalles de este escenario, lleno de observaciones y de colores locales, no pueden ser apreciados más que entre las colinas de Montmartre y las alturas de Montrouge, en ese ilustre valle de escombros siempre a punto de derrumbarse y de arroyos negros de limo; valle lleno de sufrimientos reales, de alegrías a menudo falsas y tan terriblemente agitado que hace falta algo, un no sé qué exorbitante, para que pueda producirse en él una sensación de cierta permanencia. Sin embargo, se encuentran diseminados por doquier dolores que la aglomeración de vicios y virtudes hace grandes y solemnes; ante su aparición, los intereses y los egoísmos se calman y se hacen más piadosos, pero la impresión que de ellos reciben al encontrárselos es como un fruto sabroso devorado con avidez. El carro de la civilización, semejante al del ídolo de Jaggernat¹, retrasado apenas por un corazón menos fácil de aplastar que los demás y que entorpece su rueda, enseguida lo rompe y sigue su marcha triunfal. Lo mismo harán ustedes. Usted que sostiene este libro en sus manos blancas, usted que se arrellana en un mullido sillón diciéndose: «A lo mejor este libro me divierte». Después de haber leído los secretos infortunios del tío Goriot, ce-

1. Referencia al *Jagannatha* (o *Juggernaut*, en su forma inglesa), pesada carroza de dieciséis ruedas en la que se desplaza una representación de Krishna, avatar de Visnú, durante una procesión hindú que se celebra anualmente en la ciudad de Puri, en la India. Era fama que algunos devotos se arrojaban delante de ella y quedaban atropellados a su paso; de ahí la metáfora como 'fuerza arrolladora e incontenible'. Las notas, salvo que se indique lo contrario, son de la traductora. (N. del E.)

narán con apetito, echándole la culpa al autor de su falta de sensibilidad, tachándole de exagerado y acusándole de sensiblero. Sépanlo todos: este drama no es ni una ficción ni una novela. *All is true*. Es tan verdadero, que cada uno puede encontrar sus elementos en su propia casa, tal vez en su propio corazón.

La casa donde se explota el negocio de la pensión burguesa pertenece a la señora Vauquer. Está situada en la parte baja de la calle Neuve-Sainte-Geneviève, en un lugar en que el terreno desciende hacia la calle de l'Arbalète con una pendiente tan brusca y escarpada que rara vez los caballos suben o bajan por allí. Esta circunstancia favorece el silencio que reina en esas calles apretadas entre la cúpula de Val-de-Grâce y la del Panteón, dos monumentos que cambian las condiciones de la atmósfera vertiendo en ella tonos amarillentos y oscureciéndolo todo con los tintes severos que proyectan sus cúpulas. Allí los pavimentos están secos, los arroyos no llevan agua ni barro, la hierba crece en las paredes. El hombre más despreocupado se ensombrece como todos los que pasan; el ruido de un coche por aquí es un acontecimiento; las casas son sombrías, tristes, los muros huelen a cárcel. Un parisino despistado no vería en esta zona más que pensiones burguesas o escuelas, miseria o aburrimiento, vejez que muere, alegre juventud forzada a trabajar. Ningún barrio de París es más horrible ni, todo hay que decirlo, más desconocido. La calle Neuve-Sainte-Geneviève es sobre todo como un marco de bronce, el único que le va bien a este relato, y para el mal no podría prepararse demasiado bien a la inteligencia por medio de ideas graves, de colores oscuros, del

mismo modo que de escalón en escalón la luz disminuye y el canto del cochero se ahueca cuando el viajero desciende a las Catacumbas. Comparación certera. ¿Quién decidirá qué es más horrible de ver, corazones secos o cráneos vacíos?

La fachada de la pensión da a un jardín pequeño de forma que ésta cae en ángulo recto sobre la calle Neuve-Sainte-Geneviève, desde la cual se ve en toda su profundidad. A lo largo de toda esta fachada, entre el jardín y la casa, reina un empedrado en forma de cubeta de una toesa de ancho², ante el que se extiende un paseo de arena bordeado de geranios, adelfas y granados plantados en grandes macetones de cerámica azul y blanca. Se accede a este sendero por un portalón coronado por un letreiro en el que está escrito: *Casa Vauquer*, y debajo, *Pensión burguesa de ambos sexos y otros*. Durante el día, una puerta vidriera armada con una campanilla chillona deja entrever al final del pequeño empedrado, en la pared frontera a la calle, un arco pintado por un pintor de barrio imitando mármol verde. Bajo la arcada simulada por esta pintura se yergue una estatua representando al Amor. Viendo el descascarillado barniz que la cubre, los aficionados a los símbolos advertirían tal vez en ella un mito del amor parisiense que se cura a pocos pasos de allí³. Bajo el zócalo, esta inscripción medio borrada recuerda el tiempo al que se remonta este ornamento por el entu-

2. *Toesa*: antigua unidad de medida de longitud equivalente a seis pies, es decir, poco menos de dos metros. (*N. del E.*)

3. En el Hospital de los Capuchinos, especializado en enfermedades venéreas. También conocido como Hospital Cochín por el nombre de su fundador. (*N. del E.*)

siasmo que demuestra por Voltaire, que volvió a París en 1777:

Quienquiera que seas, he aquí tu dueño:
lo es, lo fue o debe serlo.

Al caer la noche la puerta vidriera es reemplazada por una puerta maciza. El jardincito, tan ancho cuan larga es la fachada, se encuentra encajado entre el muro de la calle y el muro medianero de la casa vecina, a lo largo de la cual pende un manto de yedra que la oculta por completo y atrae las miradas de los transeúntes por un efecto pintoresco en París. Cada uno de estos muros está cubierto por un entramado de frutales y de parras cuyas fructificaciones frágiles y polvorientas son objeto de los temores anuales de la señora Vauquer y de sus conversaciones con sus huéspedes pensionistas. A lo largo de cada muro hay una estrecha vereda que lleva a un refugio de tilos, palabra que la señora Vauquer, aunque de soltera fue De Conflans, se empeña en pronunciar «tilios» a pesar de las observaciones gramaticales de sus huéspedes. Entre los dos senderos laterales hay un cuadrado plantado de alcachofas, flanqueado por árboles frutales cortados en forma de huso y bordeado de acederas, de lechugas o perejil. Al abrigo de los tilos está plantada una mesa redonda pintada de verde y rodeada de asientos. Allí, en los días caniculares los pensionistas suficientemente ricos como para permitirse tomar café vienen a saborearlo con un calor capaz de incubar huevos hasta su eclosión. La fachada, de tres pisos de altura y rematada por buhardillas, está construida en piedras

sillares y encalada de ese color amarillento que da un aspecto innoble a casi todas las casas de París. Las cinco ventanas abiertas en cada piso tienen cristales pequeños cuadrados y están dotadas de celosías que se abren, cada una, de manera diferente, de forma que todas sus líneas se pelean entre ellas. La fachada lateral de esta casa comprende dos ventanas, que en la planta baja están adornadas con verjas de hierro forjado. Detrás del edificio hay un patio de unos veinte pies de ancho⁴ donde viven en buena armonía cerdos, gallinas y conejos, y al fondo del cual se levanta un cobertizo para guardar y serrar madera. Entre este cobertizo y la ventana de la cocina está colgada la fresquera, bajo la cual vierten las aguas sucias del fregadero. Este patio tiene una puerta estrecha que da a la calle Neuve-Sainte-Geneviève, por donde la cocinera arroja las basuras de la casa, limpiando después esta sentina con gran cantidad de agua so pena de pestilencia.

Destinada, como es lógico, a la explotación de la pensión burguesa, la planta baja se compone de una primera habitación iluminada por las dos ventanas de la calle y a la que se entra por una puerta vidriera. Este salón se comunica con un comedor que está separado de la cocina por el hueco de una escalera con escalones de madera y losetas pintadas y abrillantadas. Nada resulta más triste de ver que este salón amueblado con sillones y sillas en tejido de crin con rayas alternas mates y brillantes. En el centro se halla una mesa redonda con encimera de

4. El antiguo pie francés equivale a 32,4 cm, de modo que veinte equivalen a unos 6,5 metros. (*N. del E.*)

mármol Santa Ana⁵ decorada con esa bandeja portabebidas de porcelana blanca adornada con filetes de oro medio borrados que hoy día nos encontramos en todas partes. Esta habitación, mal entarimada, tiene un zócalo como de un metro de altura. El resto de las paredes está tapizado de papel barnizado que representa las principales escenas del *Telémaco*⁶, cuyos clásicos personajes están sobrepintados. El panel entre las ventanas enrejadas presenta a los pensionistas el cuadro del festín que Calipso dio al hijo de Ulises. Desde hace cuarenta años esta pintura provoca las bromas de los huéspedes jóvenes, que se sienten superiores burlándose de la cena a la que la miseria los condena. La chimenea de piedra, cuyo hogar, siempre limpio, da fe de que allí no se enciende fuego más que en las grandes ocasiones, está adornada con dos búcaros llenos de flores artificiales, reviejas y aprisionadas por el marco de la chimenea, que acompañan a un reloj de péndulo, de mármol azuloso, del peor gusto. Esta primera habitación exhala un olor que no tiene adjetivo y al que habría que llamar *olor de pensión*. Huele a cerrado, a moho, a rancio; da frío, resulta húmedo a la nariz, impregna los vestidos; tiene el regusto de una sala donde se acaba de comer; apesta a servicio, a hospicio. Tal vez podría ser descrita si se inventara un procedimiento para evaluar las cantidades elementales y nauseabundas que descargan en ella las atmósferas catarrales y *sui generis* de cada huésped, joven o viejo. Bueno, pues

5. Denominación de una clase de mármol de color gris, o bien negro con manchas blancas. (*N. del E.*)

6. Se refiere a *Las Aventuras de Telémaco* de Fénelon (1651-1715).

a pesar de esos horrores, si la comparasen con el comedor contiguo, esta sala les parecería elegante y perfumada como debe serlo un vestidor de señora. Esta otra sala, de paredes completamente cubiertas de madera, estuvo antaño pintada de un color indescifrable hogaño que forma un fondo sobre el que la grasa ha imprimido sus capas, de modo que éstas dibujan sobre la madera extrañas figuras. Está provista de aparadores pringosos adosados a las paredes sobre los que hay jarras desportilladas, apagadas, fuentes de metal cuya superficie hace aguas y pilas de platos de porcelana gruesa con bordes azules fabricados en Tournai. En una esquina hay una caja con casilleros numerados que sirve para guardar las servilletas, sucias o vinosas, de cada pensionista. Allí se encuentran esos muebles indestructibles rechazados ya en todas partes, pero colocados aquí como los despojos de la civilización están en los Incurables⁷. Allí verán un barómetro de capuchino que sale cuando llueve; grabados horribles que quitan el apetito, todos enmarcados en madera negra barnizada con bordes dorados; un reloj de pared de concha con incrustaciones de cobre; una estufa verde, quinqués de Argand en los que el polvo se combina con el aceite, una larga mesa cubierta por un hule lo bastante grasiento como para que un externo guasón escriba en él su nombre usando su dedo como pluma, sillas desvencijadas, lastimosas esterillas de es-

7. Fundado por san Vicente de Paúl, el hospicio de los Incurables –con su establecimiento para hombres y su establecimiento para mujeres– acogía a los indigentes de setenta años o más, así como a los menores de esta edad que estuvieran imposibilitados para el trabajo. (N. del E.)

parto deshilachándose continuamente sin terminar de deshacerse nunca, además de unos míseros braseros con los agujeros rotos y las bisagras destrozadas, cuya madera se carboniza. Para explicar hasta qué punto este mobiliario está viejo, reventado, podrido, tembloroso, roído, manco, tuerto, inválido y agonizante haría falta una descripción que demoraría demasiado el interés de esta historia y que los impacientes no me perdonarían. El suelo de loseta roja está lleno de valles producidos por el desgaste o por las capas de pintura. En fin: allí reina la miseria sin poesía; una miseria ahorrativa, reconcentrada, raída. Si todavía no tiene fango, tiene manchas; si tampoco tiene agujeros ni harapos, va a deshacerse de un momento a otro.

Esta habitación se muestra en todo su esplendor en el momento en que, sobre las siete de la mañana, el gato de la señora Vauquer, precediendo a su ama, salta sobre los aparadores, olfatea la leche que contienen varias jarras cubiertas con platos y deja oír su ronroneo matinal. Enseguida aparece la viuda, adornada con su gorrito de tul bajo el que asoman unos mechones de pelo postizo mal colocado; camina arrastrando las zapatillas deformadas. Su rostro envejecido, gordezuelo, de cuyo centro arranca una nariz de pico de loro; sus manos pequeñitas, regordetas; su cuerpo rollizo como una rata de iglesia, su busto demasiado grande que se bambolea, están en armonía con esta sala que destila desgracia, donde se agazapa la especulación y cuyo aire cálidamente fétido la señora Vauquer respira sin sentirse por ello descorazonada. Su cara fría como la primera helada otoñal, sus ojos arrugados con una expresión que pasa de la sonrisa imposta-

da de las bailarinas al amargo enfurruñamiento del prestamista; en definitiva, toda su persona explica la pensión, igual que la pensión implica su persona. La cárcel no existe sin carcelero, no se puede imaginar la una sin el otro. La gordura blancuzca de esta mujeruca es el producto de esta vida, como el tifus es la consecuencia de las emanaciones de un hospital. Su enagua de lana tejida con agujas que sobresale por debajo de la falda confeccionada con un vestido viejo y cuyo forro se escapa por los rotos del tejido desgastado, resume el salón, el comedor, el jardincito, anuncia la cocina y hace presentir sus huéspedes. Cuando la dueña está presente, el espectáculo es completo. De cincuenta años de edad aproximadamente, la señora Vauquer se parece *a todas las mujeres que han pasado calamidades*. Tiene los ojos vidriosos y el aire inocente de una celestina que se hace la digna para cobrar más, pero dispuesta a todo, sin embargo, con tal de mejorar su suerte; a entregar a Georges o a Pichegru si aún no hubieran sido entregados⁸. A pesar de todo, *en el fondo es una buena mujer*, dicen los clientes de la pensión, que la consideran una pobre desgraciada al oírla gemir y toser como ellos mismos. ¿Quién había sido el señor Vauquer? Ella no hablaba nunca de su difunto esposo. ¿Cómo había perdido sus bienes? Por malas rachas, respondía ella. Se había portado muy mal con ella, no le había dejado más que los ojos para llorar, esta casa para vivir y el derecho de no compadecerse de ningún

8. Alusión a Georges Cadoudal (1771-1804) y a Charles Pichegru (1761-1804), realistas que conspiraron contra Napoleón en 1803 y que acabaron pagándolo con la vida. (*N. del E.*)

infortunio, porque, según decía, había sufrido ya todo lo que se puede sufrir. Al oír el trotecillo de su ama, la rolliza Sylvie, la cocinera, se apresuraba a servir el desayuno de los huéspedes internos.

Por lo general, los externos se abonaban sólo a las cenas, que costaban 30 francos al mes⁹. En la época en que comienza esta historia, los internos eran siete. En el primer piso se encontraban las dos mejores habitaciones de la casa. La señora Vauquer ocupaba la menos grande, y la otra pertenecía a la señora Couture, viuda de un comisario-ordenador de la República francesa. Vivía con una chica muy joven llamada Victorine Taillefer, de quien hacía las veces de madre. La pensión de estas dos señoras ascendía a 1.800 francos. Las dos habitaciones del segundo piso estaban ocupadas, una por un viejo llamado Poirot, y otra por un hombre de unos cuarenta años con peluca negra que se teñía las patillas, decía que era un

9. Como en la mayor parte de las novelas de Balzac, el dinero tiene en *El tío Goriot* una presencia casi constante. En el tiempo en que transcurre la novela (1819-1820) la unidad monetaria de Francia era el franco (franco-germinal), creado en 1803, aludido también a veces por el nombre de la unidad a la que substituyó, la libra. Era moneda de plata. Un franco equivale a veinte sueldos; un escudo, acuñado también en plata, a cinco francos o cien sueldos; el luis (o napoleón, dependiendo de la efigie que ostentara), moneda de oro, equivale a cinco escudos o veinticinco francos y, finalmente, está el doble luis, también de oro, con un valor de diez escudos o cincuenta francos. Circulaban también billetes, de uso muy restringido a determinados ámbitos, por valor de 500 y de 1.000 francos. Como ocurriera antaño en España con los reales y los duros, a lo largo de la obra se comprueba que a menudo los personajes hablan en términos de sueldos o de escudos, e incluso de libras, mucho más que de francos propiamente; en este caso, el escudo como unidad de cuenta coloquial equivale a tres francos, no a cinco. (*N. del E.*)

hombre de negocios retirado y se llamaba Vautrin. El tercer piso se componía de cuatro habitaciones, dos de las cuales estaban alquiladas, una por una vieja solterona llamada Michonneau, y la otra por un antiguo fabricante de pasta italiana y de almidón que se dejaba llamar tío Goriot. Las otras dos habitaciones estaban destinadas a las aves de paso, a esos desafortunados estudiantes que, como el tío Goriot y la señorita Michonneau, no podían gastarse más que 45 francos al mes en alojamiento y comida; pero la señora Vauquer no deseaba mucho su presencia y sólo los admitía cuando no le quedaba más remedio: comían demasiado pan. Por entonces una de esas dos habitaciones la ocupaba un joven llegado de cerca de Angulema a París para estudiar Derecho, y cuya numerosa familia se sometía a las más duras privaciones con el fin de enviarle 1.200 francos al año. Eugène de Rastignac, así se llamaba, era uno de esos jóvenes obligados a trabajar por la desgracia, que comprenden desde muy jóvenes las esperanzas que sus padres depositan en ellos y se preparan un porvenir brillante calculando desde el primer momento la importancia de sus estudios, adaptándolos de antemano a los cambios futuros de la sociedad para ser los primeros en exprimirla. Sin sus sorprendentes observaciones y la habilidad con la que supo introducirse en los salones de París, este relato no habría estado matizado con tonos tan veraces, que deberá, sin duda, a su mente sagaz y a su deseo de penetrar los misterios de una situación espantosa tan cuidadosamente ocultada por los que la habían creado como por el que la sufría.

Por encima de este tercer piso había un sobrado para secar la ropa y dos buhardillas, donde dormían un mozo,

llamado Christophe, y la rolliza Sylvie, la cocinera. Además de los siete huéspedes fijos, la señora Vauquer tenía cada año por lo general otros ocho estudiantes de Derecho o de Medicina, y dos o tres clientes más que vivían en el barrio y que estaban abonados sólo a las cenas. A la hora de cenar la sala era ocupada por dieciocho personas y podía admitir hasta veinte, pero por las mañanas no había allí más que siete clientes, cuya reunión tenía el aspecto, durante el almuerzo, de una comida familiar. Bajaban todos en zapatillas, se permitían observaciones confidenciales sobre el modo de vestir o el aspecto de los externos y sobre los incidentes de la noche anterior, expresándose con esa confianza que da la intimidad. Aquellos siete huéspedes eran los niños mimados de la señora Vauquer, que les medía con precisión de astrónomo los cuidados y atenciones que les prodigaba, según el precio de sus pensiones. Una consideración pareja afectaba a estos seres reunidos por el azar. Los dos inquilinos del segundo sólo pagaban setenta y dos francos al mes. Este precio tan barato, que sólo se encuentra en el *faubourg* Saint-Marceau, entre la Bourbe y la Salpêtrière, y cuya única excepción era la señora Couture, indica que estos huéspedes debían de estar bajo el peso de desgracias más o menos ostensibles. Asimismo, el espectáculo desolador que presentaba el interior de esta casa se repetía en la vestimenta de sus parroquianos, igual de gastada. Los hombres llevaban levitas de color indescifrable, calzados como los que se tiran en las esquinas de las calles en los barrios elegantes, ropa interior desgastada y trajes *que no tenían ya más que el alma*. Las mujeres llevaban vestidos pasados de moda, reteñidos, desteñidos, viejas puntillas zurcidas, guantes

endurecidos por el uso, cuellos siempre rojizos y mantillas con enganchones. Pero si ésa era su indumentaria, casi todos tenían cuerpos sólidamente contruidos, constituciones que habían resistido las tempestades de la vida, rostros fríos, duros, de rasgos borrosos, como los de las monedas gastadas. Las bocas marchitas estaban armadas de dientes ávidos. Estos pensionistas permitían adivinar dramas consumados o que estaban sucediendo, no dramas de esos que se representan a la luz de las candilejas, entre decorados pintados, sino dramas vivos y mudos, dramas gélidos que agitaban cálidamente el corazón, dramas continuos.

La vieja señorita Michonneau llevaba sobre los ojos una astrosa visera de tafetán verde armada con alambre que habría espantado al ángel de la Piedad. Su chal con flecos ralos y lacios parecía cubrir un esqueleto, tan angulosas eran las formas que cubría. ¿Qué ácido había despojado a esta criatura de sus formas femeninas? Debía de haber sido bonita y bien hecha. ¿Había sido el vicio, la pena, la avaricia? ¿Había amado con exceso, había sido alcahueta o sólo cortesana? ¿Expiaba los triunfos de una juventud insolente ante la que se habían atropellado los placeres con una vejez de la que huían los transeúntes? Su mirada blanca daba escalofrío, su rostro descarnado amenazaba. Tenía la voz aguda de una cigarra chirriando en su matorral al aproximarse el invierno. Decía haber estado cuidando a un señor aquejado de catarro de vejiga al que sus hijos habían abandonado por creerle sin recursos económicos. Este viejo le había legado una renta vitalicia de 1.000 francos que sus herederos le disputaban periódicamente, haciéndola ob-

jeto de sus calumnias. Aunque el juego de las pasiones hubiera estragado su rostro, se veían en él todavía ciertos vestigios de una blancura y una finura de piel que permitían suponer que el cuerpo conservaba aún algunos restos de belleza.

El señor Poiret era una especie de artefacto. Al verlo derramarse como una sombra gris a lo largo de una vereda del Jardin-des-Plantes con la cabeza cubierta por una vieja boina raída, sosteniendo trabajosamente en la mano su bastón con empuñadura de marfil amarillento, dejando flotar los faldones marchitos de su levita que apenas cubría un pantalón casi vacío y unas piernas con medias azules que temblaqueaban como las de un beodo, mostrando su sucio chaleco blanco y su pechera de gruesa muselina rizada que se compadecía mal con su corbata atada, como una cuerda, en su cuello de pavo, mucha gente se preguntaba si esta sombra chinesca pertenecía a la raza audaz de los hijos de Jafet, que revolotean por el bulevar italiano. ¿Qué trabajo habría podido acartonarlo así? ¿Qué pasión había acetrinado su rostro bulboso, que habría parecido inverosímil si se hubiera hecho de él una caricatura? ¿Qué había sido? Tal vez había estado empleado en el Ministerio de Justicia, en el despacho al que los ejecutores de las penas capitales mandan sus facturas, la cuenta de los capuchones negros para los parricidas, del salvado para los cestos, de la cuerda para las cuchillas¹⁰. Tal vez había sido cobrador a la puerta de un

10. Capuchones para los condenados a muerte por parricidio camino del cadalso, cuerdas para las cuchillas de la guillotina y salvado para empapar la sangre en los cestos en que caían las cabezas. (*N. del E.*)

matadero o subinspector de sanidad. En una palabra, este hombre parecía haber sido uno de los burros de nuestro gran molino social, uno de esos Ratonos parisinos que ni siquiera conocen a sus Bertrands¹¹, algún pivote alrededor del cual habían girado las desgracias o las suciedades públicas; en fin, uno de esos hombres de los que decimos al verlos: *Sin embargo, hace falta gente como ésta*. El buen París ignora esos rostros abatidos por los sufrimientos morales o físicos. Pero París es un verdadero océano; echad la sonda en él: jamás conoceréis su profundidad. Recorredlo, describidlo. Por mucho cuidado que tengáis en recorrerlo o en describirlo, por muy numerosos e interesados que sean los exploradores de este mar, siempre se hallará en él un lugar virgen, un antro desconocido, flores, perlas, monstruos, algo inaudito, olvidado por los submarinistas literarios. La Casa Vauquer es una de esas curiosas monstruosidades. Dos figuras formaban allí un contraste sorprendente con el grueso de los pensionistas y de los habituales. Aunque la señorita Victorine Taillefer tuviera una blancura enfermiza semejante a las de las jóvenes aquejadas de clorosis y estuviese unida al sufrimiento general que formaba el fondo de aquel cuadro por una tristeza habitual, por un aspecto cohibido, por un aire pobre y frágil, sin embargo su rostro no era viejo, sus movimientos y su voz eran ágiles. Esta desgraciada joven parecía un árbol de hojas amarillas recién plantado en un terreno poco propicio. Su ros-

11. Alusión a una fábula de La Fontaine, «Le singe et le chat», en la que un gato llamado Ratón saca literalmente las castañas del fuego a un mono llamado Bertrand, quien se las come. (*N. del E.*)

tro sonrosado, sus cabellos de un rubio leonado, su cintura demasiado estrecha, expresaban esa gracia que los poetas modernos veían en las estatuillas medievales. Sus ojos grises moteados de negro expresaban una dulzura, una resignación cristianas. Su ropa sencilla, barata, traicionaba formas jóvenes. Era bonita por yuxtaposición. Feliz, hubiera resultado deslumbrante: la felicidad es la poesía de las mujeres, así como el vestido es su maquillaje. Si la alegría de un baile hubiese hecho aflorar sus tonos rosados en aquel rostro pálido, si las mieles de una vida elegante hubieran llenado y hubieran coloreado aquellas mejillas ya ligeramente hundidas, si el amor hubiera reanimado aquellos ojos tristes, Victorine habría podido competir con las jóvenes más bellas. Le faltaba aquello que crea por segunda vez a la mujer: trapos y cartas de amor. Su historia habría sido materia para un libro. Su padre creía tener razones para no reconocerla, no quería tenerla junto a él, no le concedía más que seiscientos francos al año y había ocultado su fortuna para poder legársela entera a su hijo. Pariente lejana de la madre de Victorine, que había ido a morir de desesperación a su casa, la señora Couture cuidaba de la huérfana como de una hija. Por desgracia, la viuda del comisario-ordenador de pagos de los ejércitos de la República no poseía en este mundo nada más que su viudedad y su pensión; podía dejar un día a esta pobre chica, sin experiencia y sin recursos, a merced del mundo. La buena mujer llevaba a Victorine a misa todos los domingos, y a confesarse cada quince días para hacer de ella, en cualquier caso, una chica piadosa. Tenía razón. Los sentimientos religiosos ofrecían un porvenir a esa hija postergada que amaba